



Claudia Comes Peña, *Las respuestas americanas a Manuel Martí: textos y contextos de una polémica trasatlántica*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 2017. 488 pp.

Por Cruz Dalía Muro Marrufo¹

No hace muchas décadas la preocupación por el análisis del impreso se volvió un tema de estudio que dio mucho de qué hablar en las humanidades, especialmente desde la historia cultural, en la cual los aportes hechos por Roger Chartier, Robert Darnton, Jean Hébrad y José Manuel Prieto Bernabé, entre otros, impactaron los métodos que hasta entonces habían permeado en una historia cultural del impreso influenciada por la historia económica y social. De tal manera que el objeto de estudio se diversificó y amplió sus campos de análisis de la producción a las prácticas de escritura y lectura, al espacio, a los intermediarios en los procesos de impresión, al papel de las instituciones y también a la morfología, la ritualidad y al significado tanto de los contenidos como del impreso mismo en las sociedades, y para ello se

.....
¹ Estudiante de la Maestría en Historia de la Universidad Autónoma de Zacatecas. dalaya_kerida@hotmail.com



hizo uso de herramientas como la hermenéutica, la semiótica, la semántica y la filología, tomadas del contacto con otras disciplinas, principalmente de la antropología simbólica.

Claudia Comes Peña, filóloga de formación, desde el análisis del discurso (herramienta muy cultivada por las últimas generaciones de historiadores) hace un estudio histórico que parte de la premisa de que el impreso en el siglo XVIII era un medio de comunicación inmerso en la urdimbre económica, política y cultural, pues no sólo suministraba información, sino que era también parte de las metáforas que daban sentido a la vida. En su exposición, el contexto es entendido como un entramado de circunstancias históricas que fluyen diacrónicamente y que, en esa movilidad dinámica, significan.

La autora, es parte de esa renovada historia cultural del impreso que enfatiza (sin dejar de lado los procesos de fabricación) en las prácticas culturales y las formas de estar en sociedad. Cuerpo, voz, gesto y tiempo en las prácticas de escritura y lectura transitan en su texto como una prosa seductora que relata, pero también explica y argumenta los procesos de construcción de sentido que condicionaron los significados en la creación y recepción de un impreso que de España cruzó el Atlántico a América en el siglo XVIII. El sujeto histórico es entendido y analizado desde la concepción de Ortega y Gasset, quien sostiene que más que hombres somos circunstancia; de modo que, el autor es tan histórico como la pluma con que escribió, el impresor como la imprenta que usó y el lector como el libro que leyó, y los tres juntos son tan relativos y concretos ante el tiempo como el espacio físico y simbólico desde donde existieron. Habría que decir también que entre las fuentes empleadas por la filóloga solamente dos dialogan con la bibliografía y la hemerografía: por un lado están las correspondencias (tanto para el caso del deán como para el de los letrados americanos) que le permiten ver las relaciones de poder entre las que

se movían tanto el español (autor) como los novohispanos (receptores), vistas también como conducto para la transmisión y el intercambio de ideas; y por el otro, con los impresos, el *Epistolarum*, la *Bibliotheca Mexicana* de Eguiara, discursos académicos y oratoria sagrada, destaca entre ellos el tratamiento que da a las licencias y los pareceres que censuraban las obras como los primeros escenarios en que se representa el significado de la idea martiana.

Ese libro que se embarcó en una travesía y que culminó en polémica fue el *Epistolarum libri duodecim* del español humanista Manuel Martí, el cual contenía en su libro VII la epístola número 16 que el deán de Alicante mandó a Antonio Carrillo en 1718, a propósito de un viaje que Carrillo pretendía hacer a la América, preguntando —entre otros aspectos tratados— «¿Cómo es que vas a residir entre los indios, en un desierto de cultura tan vasto? ¿A quién acudirás, no diré ya a un maestro, con cuyos consejos puedas instruirte, sino simplemente a alguien que te escuche? ¿Qué libros abrirás? ¿Qué bibliotecas examinarás?» Carrillo jamás cruzó el océano, pero la aludida carta circuló impresa a partir de 1735, lo que propició una multiplicación de sus lectores más allá del contexto peninsular donde los letrados novohispanos polemizaron una idea que desde el horizonte donde Manuel Martí la escribió tenía una significación consensuada que la hacía inteligible para sus contemporáneos. Tal fue el impacto de la discusión suscitada por la polémica carta, que ésta se convirtió, por un lado, en un razonamiento de autoridad que ensombreció su comprensión, por más de dos siglos la historiografía reprodujo un prejuicio decimonónico que limitó la interpretación del marco cultural en que se gestó la polémica, el cual era monárquico.

Pero la travesía de las lecturas no inició con su arribo al Nuevo Mundo (que en pleno siglo XVIII, ya no era tan nuevo) ni cuando el deán estableció correspondencia con Carrillo,

sino más allá del momento en que nació Martí, en las ideas que por generaciones habían transitado entre la sociedad europea, mismas que el deán reconoció y tras su formación humanista en Italia (donde además circulaba una imagen de una España más guerrera y ambiciosa que intelectual) le sirvieron para criticar la decadencia de su patria.

En palabras de Claudia Comes Peña, su libro «ofrece un estudio pormenorizado de cada una de las intervenciones así como un análisis del contexto en que se gestaron», explica en dos partes y un capítulo final a modo de conclusión (e incluye la recopilación de los textos publicados que conformaron la polémica entre Martí, deán de Alicante, y algunos intelectuales Americanos durante el siglo XVIII) la reconstrucción de la escritura e impresión y las formas en que las ideas contenidas en la carta fueron comprendidas por lectores a quienes no estuvo destinada.

La historia que elabora, es un análisis de las diferencias en las prácticas y los sentidos que provoca la cultura escrita; sobre todo de cómo fue ésta manejada con base en las competencias y expectativas de sus lectores. Sin embargo, el control que, tanto autor como editor, tienen sobre el escrito no se dejan de lado. De ahí deviene el lugar que tiene Gregorio Mayans y el hecho de que la autora haya incluido la correspondencia entre éste y Martí para exponer cómo fue el proceso de edición e impresión del *Epistolarum*, cuáles fueron sus móviles y cómo intervino la censura monárquica en dicha publicación; por consiguiente, la importancia del aparato institucional.

El análisis muestra cómo se trataba a los autores, cómo se manipulaba el texto y cómo era la relación con la autoridad; esboza a España y América como una red de distribución de libros que favoreció la circulación del *Epistolarum*, pero no aborda (quizá por la ausencia de fuentes) los puntos específicos por donde transitó el impreso desde su fabricación hasta su venta,

aspectos que permitirían enriquecer el análisis de la recepción, ya que los lectores, además de estar vinculados por la universidad, también representaban a la élite económica y desde este campo se tejía la «amistad» y la relación con las instituciones; recordemos que no todos tenían el privilegio de publicar o adquirir un impreso, cabría preguntar entonces ¿Quiénes patrocinaron la publicación (en varios casos, reimpressiones) de los textos que respondieron a Manuel Martí? ¿Qué impresores (además de Eguiara y Eguren) dieron a la luz dichas respuestas? El mecenas, en muchas ocasiones no fue el autor del texto, pero sí intervino y condicionó el impreso, pues estaba inmerso también en la trama cultural, ello le hubiera permitido a Claudia Comes hablar de otro tipo de intervención en la polémica, por tanto, de otro lector e impresor, y también de los usos del impreso.

La primera parte del libro en cuestión se centra en la formación, el carácter, la escritura de Martí y las sociabilidades de las que formaba parte (redes de amistad) para desentrañar el significado de la epístola en el contexto del autor. En tanto la segunda está destinada a las lecturas y respuestas desde la experiencia cultural americana. La carta 16 sería premiada con una fama que también la castigó. Ocho años pasarían desde su publicación en España para que llegara a Nueva España, e inmediatamente se divulgó aquel contenido que mostraba a una América sin vida intelectual. Inauguró la polémica Fray Juan de Villa Sánchez en los añadidos que hizo a *La vida esclarecida de María* del criollo Antonio López Cordero (fallecido ya en aquel entonces) en su reedición de 1744, lo que lleva a suponer a la autora, por los tiempos que implicaba la publicación de un texto y las fechas de las licencias y censuras, que ya desde un año antes, casi inmediatamente a su llegada, la epístola se había vuelto un tema comentado. Corrió esta primera respuesta a la par que surgieron nuevos lectores. Entre 1743 y 1748 ubica

la autora a los primeros lectores ávidos, entre ellos, al criollo Juan José de Eguiara y Eguren como punto de transición (quién desde la década anterior ya trabajaba su *Bibliotheca Mexicana* y que a partir de entonces sería reconocida como el ejemplo más claro del intelecto americano). Las primeras respuestas de defensa ante lo que había sido interpretado como un ataque a los americanos salieron a escena en la censura, baste como ejemplo el parecer de Joseph de Mercado, presbítero de la Catedral de Puebla y la aprobación del padre Julián Gutiérrez Dávila.

Posteriormente, el discurso se agudizó y encarnó una defensa a la universidad de México y una apología a la patria, ejemplo de ello es Juan Gregorio de Campos y Martínez, catedrático de Medicina y fecundo latinista, con su *Oratio Apolo-gética*. No pudo ser de otra manera, pues las primeras lecturas estuvieron vinculadas a la universidad y desde ahí se propagaron e interpretaron. En 1745 Eguiara mantenía correspondencia con el peninsular Vicente López quien habló para defender una honorabilidad que estaba fincaba sobre su propia condición de origen, que el deán llamara a los españoles «ambiciosos» ensuciaba su imagen pública, por ello tildó de ignorante al alicantino y defendió la tierra que habitaba. En 1746 se sumó el Marqués de Altamira con la censura al *Theatro Americano* de José Antonio de Villaseñor; el noble le dio otros derroteros a la interpretación, el impreso mexicano se convirtió entonces en la representación de la vida intelectual ante el otro. Por los mismos años Andrés de Arce y Miranda, en correspondencia enviada a Eguiara abordó, sin polemizar, la necesidad de distinguir al español peninsular del criollo exaltando la pureza de su sangre, bajo el argumento de que ello era la causa del olvido en el que estaban en España donde se creía tenían lazos de sangre con los indígenas; pero su fundamento sí fue llevado a la discusión, influenciando la escritura de las próximas intervenciones. Los veinte años de trabajo de recopilación biblio-

gráfica de Juan José de Eguiara vieron la luz pública en 1755. La expectativa que había creado entre el público letrado como la obra defensora del honor americano marcó un nuevo rumbo de significado en la polémica: «la novedad que aportó fue precisamente la delimitación y definición cultural de un nuevo ‘grupo’ con coherencia interna y diferenciado de lo que hasta entonces se había considerado la cultura hispánica, prácticamente homogénea a ambos lados del Atlántico». La defensa estuvo presente desde la dedicatoria, pasando por las aprobaciones (escritas por Vicente López) y licencias hasta el prólogo escrito por Eguiara (la *Antelequia*).

Vicente López en su *Diálogo de Abril* asoció la idea de Martí con los fundamentos del condicionamiento climático que también habían sido motivo de crítica a América (Bufón, por ejemplo) y construyó un diálogo entre un italiano, un belga y un español donde resaltó la belleza del entorno físico y las virtudes y dones que, tanto Dios como el espacio físico, otorgaron al Nuevo Mundo para demostrar la aptitud benigna del letrado americano; para ello reunió en una conversación tripartita las ideas erróneas sobre América que habían circulado desde la conquista y que en el siglo XVIII cobraron fuerza. En su prólogo, Eguren llevó a otro extremo la polémica: introdujo en la historia monárquica el pasado prehispánico que hasta entonces no había sido considerado como origen, para compararlo con los ayeres del Viejo Mundo. El autor de la *Bibliotheca Mexicana* hizo un discurso para ejemplificar la virtud católica del súbdito criollo, aquel que se asumía hijo de la Virgen de Guadalupe junto con la tierra que lo vio nacer.

Para la historia cultural, el lector siempre se halla inscrito en el texto y en relación inversa éste se inscribe en sus lectores. Cabe señalar que el significado del texto cambia cuando se transforman las formas materiales y gráficas, pues dichos puntos de referencia explícitos crean expectativas de lectura

que anticipan la comprensión. Por ello, Claudia Comes dedica la segunda parte de su texto a resaltar la importancia de cuál edición del *Epistolarum* es la que llega a América y en qué momentos históricos, lo mismo para el caso de las respuestas y especialmente de la *Bibliotheca Mexicana* de Eguiara.

La *Bibliotheca Mexicana*, entendida también como impreso fue igualmente parte de un proceso de lectura e interpretación en el cual no se rompieron los nexos de significado que había adquirido bajo la sombra de la carta de Manuel Martí. A partir de 1761 la autora identifica las lecturas que le dieron continuidad a la polémica, pero esta vez intrínsecamente relacionadas a la obra de Eguiara. El tercer volumen de *Sermones varios* del padre Andrés de Arce y Miranda elogió en su dedicatoria el empeño del autor de la *Biblioteca*. Arce y Miranda, deduce la filóloga, leyó la segunda edición del *Epistolarum* de 1738 la cual contenía las leyes para guardar libros, mismas que impactaron al religioso a tal grado que a pesar de debatir al deán no dejó de reconocer su aporte en esa materia. Lo anterior devela que la universidad fue el eje central para la polémica, además de que fue la experiencia intelectual desde la cual todos los criollos alzaron la voz para defenderse, pues en este último bloque de lectores argumentos como el desconocimiento a la realidad novohispana por parte del deán no desaparecieron del discurso. Desde la Habana, José Martín Félix de Arrate en el mismo año enunció una réplica más: *Llave del Nuevo Mundo*, donde describió geográficamente la Habana, expuso su historia, el ámbito económico, las instituciones y la crónica cultural: su forma de responder fue ostentando los méritos de la ciudad.

Los lectores-escritores no crearon una obra con el objetivo de polemizar (por lo menos los primeros dos grupos), sino que se apropiaron de los espacios que ya venían trabajando o habían realizado con anterioridad para exponer su postura y con ello, se le dio un giro al significado de la cultura escrita

de esos años, práctica que quedó asociada a los sentidos que adquirieron en el contexto americano las palabras que Manuel Martí expuso en su carta 16, las cuales eran expresión del pensamiento europeo.

Las *Respuestas Americanas a Manuel Martí*, representan un aporte apreciable para los estudios de corte cultural de América latina, pues hace una historia cultural del impreso donde prepondera aspectos como las prácticas de escritura y lectura, su edición, circulación, recepción y apropiación de los contenidos, los cuales explican la importancia de las reglas del negocio, de las exigencias de la autoridad, pero sobre todo del poder de las palabras. Dicho brevemente, el impreso para la autora no es un objeto estático ni universal, es un producto cultural, histórico, cuyas concepciones han estado determinadas por los valores y usos que los sujetos les han atribuido en espacios y tiempos específicos. La relación autor-lector es analizada como un acto diferenciado en el que la interpretación está condicionada por la circunstancia (al igual que la escritura); le lectura así es un horizonte de interpretaciones, diría Claudia Comes al respecto: «Lo más interesante que vamos a emprender es ver la fuerte influencia que el pensamiento heredado y las estructuras de pensamiento, de ver el mundo, tenían —y tienen— sobre los grupos, cómo van modelizando su realidad, creando un constructo casi invisible a los que viven en él pero operativo en todo momento».

El aporte de Claudia Comes Peña a la historiografía radica en haber planteado un enfoque de análisis desde las prácticas de escritura y las redes de lectura bajo la lupa de contextos paralelos que fluyen en eso que llamamos tiempo (idea agustiniana). Dilucida cómo la representación de los autores americanos en los impresos desembocó en la pregunta sobre la estructura del ser, es decir, en el *¿Quién soy? ¿Qué soy primero, español o americano?* Considerando que el primigenio nacionalismo

se gestó desde la autoconciencia de pertenencia política de los territorios americanos de la monarquía, es decir, desde la lealtad. La filóloga, con su *Respuestas Americanas a Manuel Martí*, destaca el papel fundamental que tiene la historia de la lectura para explicar el proceso mediante el cual los criollos empiezan a proyectar una imagen de sí mismos, suceso que también impactó en los usos del pasado y la narrativa histórica (refiero a la inclusión del pasado prehispánico hasta entonces silenciado) en el marco de la identidad monárquica.

Ello nos lleva a la deliberación de que para poder entender el nacionalismo mexicano no debemos partir de los prejuicios que proceden de una interpretación independentista, sino desde el contexto histórico en el que se desenvuelven, el cual ni siquiera pensaba aún en autonomía, mucho menos en independencia, pero sí en la lealtad a la monarquía «[...] queda claro a lo largo de las intervenciones de los polemistas, la emergente conciencia diferenciada de este grupo criollo que aún mantiene el vínculo entre monarquía y religión entendidas como una sola e indisoluble unidad [esto] refleja sin lugar a dudas la conformación de una identidad cultural diferenciada, pero no de una identidad nacional en el sentido moderno». Llegados a este punto podemos decir que el libro editado por la Universidad de Navarra que hemos comentado a rasgos generales, propone una reinterpretación del nacionalismo mexicano a través del análisis de las prácticas de escribir y leer, entendidas como sucesos históricos que produjeron transformaciones en el pensamiento colectivo cuando las experiencias culturales se cruzaron, sin asumir el proceso de construcción del nacionalismo como una verdad historiográfica, sino por el contrario, como un tema que todavía tiene voces y guiños a la espera de ser cuestionados y explicados.